

La osa y sus dos crías habían pasado el invierno a cobijo de la estrecha guarida, un agujero musgoso y cálido bajo la gran roca, disimulado entre abetos de breve alzada, helechos arborescentes y denso matorral. Durante los días más fríos, más duros en la intemperie de hielo y ventisca, la entrada estuvo cubierta por ramas heladas y escarcha, sepultada bajo la nieve, lo que no supuso ninguna complicación, sino que, por el contrario, añadió ventaja a la seguridad del enclaustramiento. Allí dentro, en la osera, las crías estaban resguardadas bajo el calor de la gran hembra. Mientras la osa ahorrraba esfuerzos en el sopor de la hibernación, los oseznos mamaban abundante leche, se fortalecían y se protegían del gélido exterior durmiendo entibiados por la gruesa, acogedora piel de su madre. La madriguera se convirtió en hogar invisible sobre el gran lienzo del invierno, confortable y protector. Los animales pequeños nunca se habrían atrevido a pulular por las cercanías, y los depredadores esquivaban el olor ácido, amenazador, de las heces y la orina de la osa. La hembra era un animal joven y muy vigoroso. No debía de tener más de tres años, quizás cuatro. Estaba preñada antes de recluirse en la osera y parir a sus cachorros. Los trajo a la luz del mundo ya un poco abotargada, comió la placenta y poco después se entregó al sueño necesario para su supervivencia, también la de aquellos dos oseznos que vivirían su primer invierno en el refugio, tan alejados de cualquier peligro que acechase en los alrededores como lo estuvieron en el seno materno.

Pasaron muchos días.

Pasó lo crudo inclemente del invierno. Los días se alargaron. La luz mañanera del exterior hendía la oscuridad de la osera. Poco a poco, aquella luz regresaba más cálida. Los oseznos abrían mucho los ojos, deslumbrados por la claridad desconocida, tan extraña para ellos. La hembra roncaba con incierta inquietud, desperezándose.

Con el deshielo, los oseznos empezaron a aventurarse y jugar unos pasos más allá de la madriguera. Amagaban luchas entre ellos. Venteaban con fruición cada estímulo del mundo recién aparecido ante sus sentidos. Eran torpes y acelerados, temerarios a veces. Sus cuerpos estaban ya cubiertos de fina pelambre. Cuando llegara el siguiente invierno serían dos osos jóvenes. Probablemente, si no les ocurría ningún percance y crecían sanos, cuando volviese el frío cada cual intentaría buscar su propia madriguera para guarecerse en solitario. O tal vez decidieran acomodarse en su refugio natal y esperar el paso de otra invernada, hasta convertirse en corpulentos machos cazadores. Los osos nunca tenían prisa para nada, ni para nacer ni para crecer o morir; ni siquiera para alimentarse cuando tenían hambre. Aunque —eso también era sabido—, cuando decidían hacer algo, era mejor no estorbar sus planes, fueran los que fuesen.

La osa no perdía de vista a sus crías. Si se alejaban demasiado, bramaba para llamar su atención, como si les advirtiera de que lejos de aquella voz poderosa no estarían a salvo. Los oseznos casi siempre obedecían. Retornaban en deslavazado galope hacia la protección de su madre.

La joven hembra tenía hambre. Mucha hambre. El invierno y la lactancia la habían enflaquecido hasta juntarle la carne y la piel con los huesos. Pronto se internaría en el bosque, en busca de raíces y, si había suerte, algún panal. Bajaría después hasta el río, mantendría paciente vigilancia en algún regato hasta que apareciesen peces desprevenidos, incautos

en la frenética obsesión por aparearse. Con un poderoso zar-pazo los arrebataría del agua para lanzarlos a la orilla. Los devoraría de inmediato. Lentamente, jornada tras jornada, alcanzaría de nuevo su plena fortaleza. Rastrearía entonces presas mayores, seguramente la captura conseguida por alguna manada de lobos. Si no eran muchos, les disputaría la pieza. Si le parecían demasiados, se conformaría con los despojos. Podía poner en fuga a dos lobos, a tres si el hambre urgía en su estómago. Pero una jauría completa era enemigo insuperable al que ningún animal se arriesgaba a hacer frente, y su intención no era pelear sino sobrevivir, reponerse del largo ayuno y volver a la osera con grandes bocados de carne guardados en la boca para que sus crías comiesen. Y esperar a que crecieran un poco más, y enseñarles a cazar. Esos eran sus planes. Mejor dicho: ese era el plan de la naturaleza. La poderosa hembra siempre seguía la ley: cazar y no ser cazado, comer y que no te coman. Vivir otra temporada cálida. Llegar a un nuevo invierno.

1

Los perros no servían para gran cosa, aunque mantenían la acampada limpia de excrementos, alejaban a los roedores oportunistas y durante la noche avisaban con sus ladridos si alguna alimaña merodeaba por los entornos próximos. Los hombres del clan Tiznado siempre tuvieron buen oído y excelente olfato para detectar cualquier peligro que palpitase oculto entre las sombras, aunque Ibo Huesos de Liebre reconocía que los perros eran más rápidos y despiertos en aquella tarea, y mucho más valientes en la oscuridad que cualquier humano. Los perros no temían a la oscuridad, ni sentían aprensión en la noche alejados del fuego. El único problema estaba en que los mismos perros, a veces, se inquietaban por cualquier motivo sin importancia, ladraban sin causa que justificase tanto alboroto, arrugando los hocicos y exhibiendo los colmillos intimidadores, alertados por el viento entre los árboles, la caída de una rama o el crujido de una roca al partirse, reventada por el hielo. Entonces resultaban molestos. Lo cierto era que los perros alzaban las orejas, erizaban el pelo del lomo y se ponían en guardia ante todo lo que presentían y no eran capaces de ver, mucho menos comprender; y como muy listos no eran, se ponían en guardia ante casi todo, daba igual si se trataba de amenazas ciertas o imaginadas en sus cortas entendederas. Eran demasiado inquietos y así se les consideraba: aliados útiles para al-

gunas cosas aunque inoportunos y tragones la mayor parte del tiempo.

Ibo Huesos de Liebre no sabía desde cuándo los perros acompañaban a los cazadores. No podía preguntar sobre este asunto a los más viejos porque nadie en el poblado lo sabía, ni siquiera el anciano señalado por la sabiduría, Rag el que Ve, ni la venerable Agah la Cierva. Probablemente los perros y los hombres llegaron juntos al mundo, dispuestos los cazadores a conseguir comida y los perros a ladrar de noche y lamerles las heridas si sufrían algún percance. También servían de reserva alimentaria en épocas difíciles. Cuando el invierno se alargaba demasiado, los pastos permanecían sepultos bajo la nieve y las grandes manadas de caballos y bisontes demoraban su viaje desde las llanuras del sur, en la acampada desaparecían los perros. Ibo Huesos de Liebre estaba convencido de que eran un poco tontos, pues, en aquellas ocasiones, cada día mataban dos o tres perros para alimentarse. Los cazadores, las mujeres y los niños y los ancianos se saciaban con su carne y echaban los despojos a los supervivientes de la jauría, quienes parecían ansiosos en la espera de comida, fuera cual fuese, más preocupados en devorar aquellos tristes restos que en salvar su propio pellejo, ignorantes de que al día siguiente cualquiera de ellos —por lo general varios de ellos— acabaría asándose sobre las piedras de la hoguera. No había forma de que se espantasen ante los humanos. No se marchaban ni hacían siquiera amago de huir. Había algo en aquellos animales, una pulsión extraña, un instinto misterioso y arraigado como el musgo a la corteza de los árboles, que los mantenía fieles a la acampada, siempre junto a sus pobladores a pesar de que tarde o temprano acabarían destripados, descuartizados y clavados en una estaca sobre la hoguera, y su carne nutriría a los cazadores, sus mujeres e hijos, y su sangre y el tuétano de sus

huesos mantendrían vivos a los ancianos hasta que acabaran el frío y la nieve y las grandes manadas apareciesen en busca de hierba fresca recién brotada. Sí, pensaba Ibo Huesos de Liebre: los perros eran demasiado fieles a los hombres y muy poco inteligentes. Por el beneficio de comer piltrafas e inmundicias y acurrucarse junto a las cenizas, al calor del fuego nocturno, haciendo compañía a los guardianes en la oscuridad, arriesgaban sus vidas y estaban dispuestos a entregar su carne, piel y huesos cuando el clan Tiznado los necesitase.

Naturalmente, podían haber sentido gratitud hacia ellos, estimarlos por el enorme sacrificio que hacían a cambio de tan escasa recompensa, pero el clan Tiznado apreciaba bastante más otras cualidades en los animales, como el que tuvieran mucha carne que arrancarles después de cazados, o huesos bien grandes rellenos de sabroso tuétano; también que se dejaran capturar sin demasiados esfuerzos, sin apenas defenderse y sin causar heridas a los rastreadores. Evidentemente: que su piel sirviera para abrigo y con su osamenta y tendones se pudieran fabricar armas e instrumentos útiles era otra ventaja muy apreciada. Entonces sí mostraban agradecimiento hacia el animal. Cuando bebían su sangre y comían su corazón, saludaban a su espíritu; y cuando masticaban la carne, llenándose el estómago hasta hincharlo, veneraban la generosidad de La que Existe por haberles permitido devorar a una de sus criaturas y, gracias a ello, ahuyentar el hambre y vivir un poco más, ahítos y sin miedo al mañana, en la acampada frente a la gran cueva. Incluso pintaban imágenes que representaban a aquellas presas en los techos más resguardados de la caverna, lugar sagrado al que llamaban los Cielos del Alma de la Tribu. Por eso representaban allí a los animales desde tiempos muy remotos, para dejar constancia del vínculo perpetuo entre el clan de cazadores y la generosa prodigalidad de La que Existe.

Los perros eran asunto distinto. La fidelidad ciega, sumisa para con los humanos, no era virtud que los cazadores estimasen mucho. No los despreciaban, desde luego, mas no eran sus animales preferidos. Nunca pintaron un perro en los techos ni en las paredes de la gran cueva. Todos lo habrían considerado una estupidez, incluso una ofensa a La que Existe, pues en el mundo de Arriba, el Hogar de Todos, seguramente los perros eran tan ruidosos, incordiantes y sumisos como en el Abajo de los que Aún Viven; y nadie les tendría especial aprecio. No... No tenía ningún sentido presentarlos en los Cielos del Alma de la Tribu.

Ibo Huesos de Liebre, al igual que los otros cazadores, nunca tuvo buena opinión sobre los perros hasta que conoció al negro y blanco de dientes amarillos. Tampoco cambió mucho su forma de considerarlos en conjunto, pero admitía que el negro y blanco de dientes amarillos era un perro distinto, sin duda mucho más espabilado que los otros y, desde luego, muchísimo más útil. Lo había demostrado en muchas ocasiones, y en cada una de ellas se mostró resuelto, tenaz y rápido en tomar buenas decisiones. Si llegasen épocas de escasez, con el invierno azotador interpuesto entre el clan Tiznado y sus presas, sin organizar cacerías durante demasiadas jornadas, posiblemente el perro negro y blanco de dientes amarillos se libraría de acabar sobre las piedras de la hoguera.

Se fijó en él dos inviernos atrás, en la época de deshielo, cuando perseguían a un almizclero herido en el lomo por una lanza que el mismo Ibo Huesos de Liebre había arrojado. El animal logró zafarse de los cazadores que lo rodeaban, corrió cojeando hacia un desnivel de piedra desnuda, muy resbaladizo, se dejó caer y tuvo la doble fortuna de no romperse la espina dorsal y de que una extensa fronda de abetos menudos lo engullera. Desapareció ante las narices de los cazadores, quienes gritaron de rabia. No iban a dejar

escapar su presa, desde luego, pero sabían que encontrar nuevamente al almizclero, volver a cercarlo y acabar con él resultaría fatigoso. Extenuarse en persecución de un animal era lo último que deseaba cualquier grupo de caza, pues todos quienes lo integraban se exponían a cualquier accidente y, en algunos casos, a perder el rastro después de dos o tres días de rastreo, quedar lejos del poblado, hambrientos y desfallecidos, expuestos al súbito ataque de cualquier depredador, quizás una furiosa jauría de lobos aún más hambrientos que los cazadores. Se habían dado casos, recordaba Ibo Huesos de Liebre, de partidas de jóvenes rastreadores, demasiado inexpertos, que salieron en busca de presas codiciadas como las manadas de bisontes o alguna nutrida familia de uros, persiguieron durante muchos días a los más fuertes y rápidos en la huida en vez de cercar a los más lentos y torpes y al final regresaron con las manos vacías; y lo peor de todo: volvieron solo unos pocos, deshechos por el cansancio y el hambre, heridos tras sufrir el acoso de animales carnívoros, desesperados y con inmensa rabia en la mirada. Y con la dura lección aprendida. Cierto: volver de vacío era la peor suerte del cazador.

No era buen asunto, por tanto, que una presa escapara del primer acecho, rompiendo la lógica de una buena cacería bien organizada, donde todo estaba más o menos previsto y todo conducía al mismo fin: conseguir la mayor cantidad de carne posible con el menor esfuerzo y el mínimo riesgo.

Fue en aquella ocasión, siguiendo el rastro del almizclero, cuando el perro negro y blanco de dientes amarillos demostró para lo que valía. Nada más escapar el animal herido, se lanzó declive abajo en silencio, olisqueando y respirando con ansiedad. Enseguida localizó las huellas fugitivas del gran macho soberbiamente cornamentado. Se detuvo y solo tuvo que aullar dos veces para que los cazadores comprendieran que de-

bían seguirle si querían alcanzar rápido y sin mayores penalidades a su presa. Todos fueron tras él. La carrera duró solo unos momentos. Poco después, las lanzas de Oun Cráneo Brillante y de Aru de Ninguna Palabra alcanzaban al almizclero y otras muchas lanzas, de inmediato, se hundían en el estómago de la captura abatida. El animal pateaba al aire como si galopase en fuga de su sufrimiento en el mundo, dispuesto a ampararse en los consuelos de una pronta agonía. Todos celebraron la habilidad del perro, y lo premiaron dejándole lamer sobre la hierba la sangre que manaba abundante mientras cortaban la dura piel de la res, abrían su cuerpo y arrancaban el corazón y los pulmones para devorarlos de inmediato, aún calientes en sus manos empapadas, goteando la misma sangre con que se regalaba el perro, embadurnados los hocicos en la cálida sangre, tintos sus colmillos en el rojo de la vida que brotaba desde las tripas satisfechas hacia su mirar gozoso, agradecido. A Ibo Huesos de Liebre le pareció que el perro, en aquellos momentos, aparte de feliz por la comida, estaba orgulloso por la cacería.

Desde ese día, Ibo Huesos de Liebre decidió llevarlo de compañero siempre que fuera a cazar. Y desde ese día, el perro negro y blanco de dientes amarillos lo seguía a todas partes.

Fue el mismo perro, el negro y blanco de dientes amarillos, quien localizó la guarida donde la osa permanecía oculta junto a sus crías.

Ibo Huesos de Liebre buscaba panales de miel. Se había equipado con un cuchillo de asta de ciervo y una agujada con puntal endurecido al fuego, y se había provisto igualmente de útiles necesarios para encender una hoguera que alzara humo bien denso, espantara a las abejas y dejase la preciosa miel a

su alcance y sin apuros. El único peligro que estaba dispuesto a correr aquel día era el de encaramarse a un árbol. Una mala caída no era asunto para considerar como incidente sin importancia. Una pierna rota o un brazo roto podían significar la muerte del cazador si no podía volver rápidamente a la acampada o no encontraba inmediata ayuda. Aunque él, desde luego, no pensaba caerse de ningún árbol. Y si se producía el percance, ya reaccionaría con suficiente agilidad para que el golpe no lo lastimase demasiado. Por algo lo llamaban Ibo Huesos de Liebre. En el mundo de los que Aún Viven, cada nombre era una premonición, la virtud de quien lo llevaba como se lleva un arma o se alimenta un fuego que nunca debe extinguirse: para utilizarlo si es necesario.

El perro olisqueó los entornos con acuciante inquietud, un nerviosismo ya conocido por el cazador: había encontrado algo e intentaba llamar su atención husmeando con avidez, entre asustado y colérico, entre los matorrales bajo la gran roca. Se detuvo unas cuantas veces mientras alzaba una pata, la otra, para orinar y marcar terreno, su recién descubierto dominio de caza. Gruñía. Al fin, se plantó ante el refugio perfectamente disimulado entre arbustos y helechos. Profirió nerviosos ladridos, renovados gruñidos cargados de furia, amenazador ante las sombras de la covacha. Así se mantuvo un buen rato, hasta que la osa, en la seguridad de la guarida, bramó enojada y con todas sus fuerzas. Ibo Huesos de Liebre comprobó una vez más que el perro era listo: fingió huir espantado por la advertencia de la osa, pero corría hacia él mientras soltaba chorros de orina, señalando el camino a la osera. El cazador compensó los afanes del perro con una palmada en el lomo. Después retrocedió unos metros, buscó matojos de licino, arrancó unos pocos tallos y se restregó el jugo de la planta por la cara, manos y cabellos. Inmediatamente, ya protegido por el olor acre y agudo del

licino, se aproximó a un breve cúmulo de piedras, a la sombra de dos grandes árboles de hojas anchas, de las que brotan vigorosas tras cada invierno y anuncian el tiempo frío dejándose caer casi marchitas, moribundas en el suelo crepitante del otoño. Desde allí, a salvo, pudo observar sin ser visto, virtud y mérito primeros en un buen batidor. Solo tuvo que dar un par de golpes al perro negro y blanco de dientes amarillos, con la vara puntiaguda, para que el animal entendiese que tenía dos opciones: marcharse lejos o permanecer en retaguardia y, lo más importante de todo, sin alborotar. Ni un gruñido le permitiría. Solo completo silencio.

Ibo Huesos de Liebre esperó toda la mañana y casi toda la tarde. A la caída del sol, la osa abandonó su refugio. Tras ella marchaban los oseznos, ya bastante crecidos, juguetones y obsesionados por rastrear bayas y alguna raíz comestible entre la hojarasca. La gran hembra, por el contrario, deambulaba con precaución, muy atenta, con el lomo erizado, el hocico arrugado y los colmillos retadores. No había olvidado la presencia del perro, ni sus ladridos. Olisqueaba con fruición los rastros de orina que había dejado tras ahuyentarlo. La osa sabía que donde hay un perro hay un hombre, y que los hombres son el peor enemigo, más temibles que el lobo, más peligrosos que el lince y mucho más astutos que la serpiente. A un hombre que anduviera solitario se le podía sorprender, caer sobre él y despedazarlo. Cuando se juntaban en grupos y llevaban palos puntiagudos, eran invencibles. Lo único que podía hacerse, en aquellos casos, era intentar la huida. Pero los cazadores eran listos, más listos que las serpientes cuando ascendían entre el ramaje de los árboles en busca de nidos. Escapar era casi siempre imposible porque ellos, los astutos hombres, ya habían previsto aquel movimiento y habían cortado cada uno de los senderos que pudiesen poner a salvo a sus presas. Todo aquello lo sabía la

joven, poderosa hembra, y no porque nadie se lo hubiese enseñado. Lo sabía porque los osos nacen ya advertidos sobre lo que conviene que sepan para no convertirse en presa fácil de los hombres ni de ningún otro cazador. Por eso la joven hembra desconfiaba tanto de los hombres.

Ibo Huesos de Liebre se retiró cautelosamente. Volvió a la acampada junto a la caverna, a toda prisa. Empezaba a anochecer. Tenía noticias importantes que llevar al clan Tiznado.